

De vuelta al pasmo

Juan Cristóbal Espinosa Hudtler



Image not found.

Capítulo 1

No sé si ella fuera consciente de lo excitante que resultaba verla caminar a sus espaldas. Es que su cadencioso andar y, sobre todo, el juego armonioso de sus redondos glúteos chocando el uno contra el otro me ponía a cien por hora. A ella le gustaba llevar siempre sus vestidos de satén con la holgura suficiente para que su preciosa figura se diera vuelo provocando la imaginación de los mirones, que embelesados por su semidesnudez interior, trataban en vano de calcular la firmeza de sus carnes. El vestido que más me gustaba era muy sencillo porque, a diferencia de los otros, no tenía brocados, no era de seda, sino de simple imitación de raso y de color verde turquesa con estampados de hermosas peonías; la característica primordial de aquella prenda era que con su parsimonioso trote, se le enganchaba la tela entre las carnes, de tal modo que al dar un paso quedaba prensado y en el siguiente se liberaba. Ese desafío que incitaba a despegar el trozo de vestido de las turgentes carnes, se veía rápidamente frustrado por el inmediato desprendimiento, pero al repetirse el apresamiento de la carne el hombre que la siguiera podía volverse loco por la incertidumbre emanaba de ese contoneo.

Ella era guapa a su manera porque su belleza era muy especial. No tenía las facciones bien definidas y se podría tener un mareo en caso de mirarla por un tiempo prolongado, por dicha razón, me limitaba a observarla de reojo y sólo en los momentos de intimidad en los que la oscuridad era mi cómplice, me atrevía a verla fijamente para que me sedujera con sus artes extrañas de enajenación sexual. Su apariencia era la de una mujer anticuada porque hablaba con expresiones muy arcaicas y en ocasiones era muy difícil comprenderla, pero era suficiente que se le pidiera más claridad para que soltara una retahíla de ofensas y palabrotas.

En el aspecto sentimental se podría decir que era impredecible, puesto que podía pasar de la euforia a la depresión de un instante para otro y, por consecuencia, entorpecer nuestra relación con un halo de hielo que nos impedía recomenzar las conversaciones. Ella era muy promiscua. Se ausentaba por periodos no muy largos y volvía enajenada y con ganas de venganza. A mí me tocaba recibir los embistes de su humor cambiante y tormentoso.

La había conocido en mi época de pubertad y siempre se había distanciado de mí, prefería hombres más hechos que yo, pero en cuanto me llegó la madurez, no pude librarme de su acoso. No había día de descanso, se dedicaba a esperarme y presionarme día y noche. Una ocasión en la que nos encontramos por casualidad en una fiesta, me cogió de la mano y me robó para no volverme a soltar.

Después de poseerla, comenzó a pasearse desnuda frente a mí, pude verla de cerca y no percibí muchos cambios en ella, se había conservado

tan bien que me pareció la misma de siempre. Su cuerpo blanco con piel suave y carnes firmes era exactamente como lo había imaginado siempre. Lo supe por el temor que me producía al principio su tibieza falsa.

Estaba muy segura de sí misma y su voz era entre áspera y seductora, tenía el poder de convencer con engaños, alrevesada las cosas y demostraba a su manera que lo que hacía y pregonaba era sólo una forma distinta de ver las cosas. Decidió que nos quedáramos juntos, aunque ella era entreverada por naturaleza, me juraba fidelidad y entrega, pero en muchas ocasiones me arrinconaba en la soledad y se iba a sus juergas. Imponente y vital se me plantaba enfrente retándome a que me fuera por causa de la infidelidad sufrida, pero en lugar de huir enfadado, me arrojaba a su cintura.

Ella me rechazaba sin fuerza y, luego, se le pasaba su actitud amenazadora y sádica para empalagarme con su ternura de gata. Había semanas enteras en las que no salíamos para nada y nos divertíamos con las anécdotas disparatadas que nos contábamos. Podíamos permanecer tirados en la cama por días enteros sin ninguna preocupación.

Capítulo 2

Un día se cansó de los otros y decidió dedicarme más tiempo, fue cuando se alarmaron de verdad mis amigos y familiares, todos se ofrecieron a ayudarme y confrontar a la astuta y seductora mujer que me estaba arrastrando a un mundo desconocido para la mayoría de la gente. Al principio no entendí de lo que me hablaban, pero fueron reprimiendo, cada vez con más resentimiento, mis andanzas. Perdí el empleo, la familia, la decencia, los amigos, la concepción de la realidad y la salud. No me quedó nada más que su armario de elegantes vestidos y la enloquecedora ropa interior con la que me modelaba en sus nocturnas pasarelas para apartarme cada vez más de la gente que me rodeaba.

Para mí lo más importante era que ella siempre volviera cuando más la necesitaba. En los momentos de ocio y distracción, es decir, cuando se requería concentración, ella se iba y me dejaba en paz con mis razonamientos, pero en cuanto encontraba complicaciones y se apoderaba de mí la ansiedad, ella surgía con su difícil pero llamativo rostro.

Se desnudaba y me recogía en su pecho para arrullarme y dejarme ir la poseyendo, como si se tratara de la unión con una hermosa geisha. Le iba desprendiendo los velos de seda que me mostraban su carne tibia y suave. La cálida redondez de sus partes más eróticas me dejaba andar por un camino de pasión húmeda y susurrante que me aislaba por completo del mundo. No importaba el lugar de nuestros encuentros, eso era insignificante, lo que contaba era sentir su lujuria y hambre insaciable.

Su sonrisa descarnada, vibrante, pero silenciosa, me volvía loco. Nos deslizábamos desde el montículo del placer en caída vertiginosa de aguas bravas, como si el tobogán de la vida no tuviera fin y los problemas fueran solo insignificantes turbulencias en esa vida precipitada de emociones descontroladas. La gocé y disfruté al máximo en esas noches orgiásticas de eyaculaciones filosóficas en las que era más fructífero salirse de los márgenes de la realidad que permanecer en lo absurdo de las normas: en el corral de la cordura. ¡El cambio es el progreso! ¡La cordura nos ata al servilismo! ¡Sólo los genios vivieron la unión fatídica con su amada depravada!

Me costó mucho tenerla a mi lado, el precio que pagué fue demoledor y ahora, cuando me han abandonado las fuerzas y no tengo alas para volar, he vuelto al sosiego. Curado, inútil e impotente con el anhelo de volver con ella, pero impedido por las normas que, finalmente, me han apresado como grilletos y ya no puedo gozar del paraíso perdido. Ese presente que nos regaló Dios, con el paquetito secreto, que abrimos después de salir del reino divino, era eso, sí, lo sé. El llamado libre albedrío con sus dos caritas del bien y del mal, pero con la cajita que no tiramos y nos sirvió para los juegos del diluvio de ideas demenciales y nos metió en un

laberinto que nos duró hasta mi vejez. Ahora, el mundo es sombrío, habitual y sin interés.

No hay más que rutina, obligaciones y buena conducta por mi parte. Lo único que me alegra es verla, de vez en cuando, reflejada en la cara de algunos transeúntes que me miran con compasión. Pasan acompañados a su lado y, ella, tan vigorosa como siempre, otra vez me hipnotiza con su movimiento de caderas y su vestido verde con estampado de peonías, guiñándome el ojo, de forma sugerente, con la tela de satén enredada en su trasero.